

**MINORÍAS ELECTIVAS Y HUMANISMO EN LA GALAXIA INTERNET. UNA
CONTRIBUCIÓN A LA PREGUNTA POR LA VERDAD DE LA DEMOCRACIA**

**ELECTIVE MINORITIES AND HUMANISM IN THE GALAXY INTERNET. A
CONTRIBUTION TO THE QUESTION ABOUT THE TRUTH OF DEMOCRACY**

ALICIA M^a DE MINGO RODRÍGUEZ
Universidad de Sevilla
amingo@us.es

RECIBIDO: 30/05/2011

ACEPTADO: 11/07/2011

Resumen: En la última década, Internet ha propiciado un conjunto de recursos, con un fuerte componente de *innovación* en la tecnología de la *comunicación mediada por ordenador*, que favorece inequívocamente la *verdad* (“*incalculable*”) de la *democracia* previa a su gestión política usual, en la medida en que da *voz* (más allá del mero *voto*) a *minorías electivas*, incluso a las tradicionalmente excluidas, promoviendo con ello un enorme incremento del *esprit de finesse* de la democracia, capaz de acoger e incluir, más que nunca, un pluralismo decisivo para el vínculo entre democracia y humanismo.

Palabras clave: Internet, minorías, mentes grupales, pluralismo, democracia, humanismo.

Abstract: In the last decade, Internet has provided a set of resources that possess a strong component of *innovation in the communication by computer technologies*. It clearly favors *the truth* (“*incalculable*”) of *democracy*, before its current political management, insofar as it gives a *voice* (beyond the mere *vote*) to *elective minorities*, including those ones traditionally excluded. This promotes a high increase of the *esprit de finesse* of democracy, which is able to welcome and to include, more than ever, a decisive pluralism for the link between democracy and humanism.

Keywords: Internet, minorities, mind group, pluralism, democracy, humanism.

Hay, sobre todo, épocas en que la realidad humana, siempre móvil, se acelera, se embala en velocidades vertiginosas

J. Ortega y Gasset, *La rebelión de las masas. Prólogo para franceses*

Less than four. Voces, no sólo votos

Fue a través de *Youtube*, pero no sé bien por qué camino, como llegué a conocer a la *comunidad de los amputados*. Al principio, me pareció que aquellas imágenes, que mostraban a todo tipo de personas que habían sufrido amputaciones, pero fuera de toda morbosidad que las hiciese sospechosas de algún propósito avieso, formaban una serie que no pasaba de ser, digamos, algo

anecdótico o pintoresco. Más bien se trataba, como suele decirse, de “normalizar” la anomalía de “ser amputado” (piernas, brazos, manos, etc.). Cuando seguí la pista visual de *Youtube*, encontré a la comunidad *Less than four*. Luego, los blogs de las comunidades de amputados de América y Argentina, y la *Online Social Networking Community for Amputees*, así como -concluiré aquí, por finalizar, este pequeño recorrido- la comunidad de los amputados aficionados al surf (<http://ampsurf.org>). La anécdota había dejado de ser sencillamente anecdótica, para pasar a ser ejemplar.

Creo que se trata de un ejemplo magnífico, entre otros muchos que cualquier lector de este artículo podría aducir, de lo que representan hoy algunas de las posibilidades que la tecnología, en este caso Internet, ofrece para una renovación y enriquecimiento no ya propiamente de la democracia como *forma de gobierno* (aunque también), sino -lo que es previo, sin duda, y a veces cuesta sorprendentemente reconocer- de la democracia como *decisión práctica y modo de vida*, al que es consubstancial no ya sólo, si es al caso, el ejercicio del poder, sino la posibilidad del público reconocimiento del *pluralismo*, es decir, de la *igualdad diversificada*, la aspiración a que esa diversidad pueda visualizarse en un espacio público mediado, en este caso, por la *world wide web* o lo que se ha llamado *sociedad red*, y la posibilidad de que antes que estar simplemente dominado por una mayoría (*representada minoritariamente*), el espacio político democrático sea ante todo un *espacio abierto participativo y deliberativo*¹. Por ello, cuando hablo de “pluralismo” no me refiero sobre todo a un pluralismo de marcado carácter ideológico-político, sino al pluralismo, mucho más original y profundo, de las *formas de vida* en el nuevo ágora de la sociedad *on line*. Al apoyarlo decididamente con sus recursos tecnológicos, y por motivaciones diversas, que abarcan desde dar satisfacción al puro afán de los usuarios de convivir y compartir vida y mundo, hasta cubrir la necesidad de vehicular información y organizar el acceso a preferencias de consumo, Internet está contribuyendo eficazmente a que la democracia *no olvide ese pluralismo*, que es uno de sus pilares, una vez que parece que las fuerzas del propio tema “pluralismo” se hubiesen concentrado mucho, hasta hace poco, en torno a las opciones ideológicas tradicionales, cada vez más desfasadas -lo que no podría ser verdaderamente desmentido por su funcionamiento inercial, en muchas

¹ Como dijese A.D. Lindsay en su clásico *The Essentials of Democracy*, de 1929 (reeditado por la Oxford University Press en 1951), lo decisivo en la democracia no sería tanto la imposición de la voluntad mayoritaria cuanto el gobierno por deliberación pública, cfr. Escobar Martínez, L.M., «Las minorías en la democracia constitucional –el caso español», en *Universitas* (Pontificia Universidad Javeriana, Bogotá) 109 (2005), p. 595).

ocasiones francamente ineficaz²-, y en la problemática de lo multi- e intercultural en un sentido usualmente *étnico*.

Si ya antes de la irrupción de Internet nuestras sociedades eran muy plurales, al menos, digamos, a título sociológico, ¿qué habría aportado Internet? Es evidente que *fluidez, accesibilidad, transparencia, abundantes opciones de interacción* y -esto me parece especialmente importante- un espacio de *representación y escenificación* muy consistente, ambigualmente a la vez reducido o acotado y universal u omniaccesible, frente al espacio tradicional de representación de lo social, que es básicamente parlamentario y excepcionalmente “a pie de calle”. Si desapareciese Internet como ágora/foro sería imposible no imaginar que perderíamos enormes oportunidades de visualizar, comprender y valorar ese pluralismo. No se trata, desde luego, entiéndase bien, de que este pluralismo *on line* pudiese decidir fehacientemente sobre la *trama política* de la democracia, tal como solemos concebirla. No se trata de ello *sobre todo*. Las que en un momento llamaré *minorías electivas en red* nos recuerdan, tanto esporádica como sistemáticamente, que *Hay Democracia* (escribámoslo así, con mayúsculas) ante todo desde el momento en que sea posible que el espacio público pueda ser ocupado *participativamente*³ a partir de *pertenencias no pasivas, sino justamente electivas e inteligentes* y que, en consecuencia, ya no se dejasen confundir con determinaciones simplemente de raza, autoctonía, género, edad, etc. (aunque éstas puedan darse de pleno

² A juicio de Castells, «los movimientos sociales en la sociedad red [...] tienen la tarea de rellenar el vacío dejado por la crisis de las organizaciones verticalmente integradas, heredadas de la era industrial. Los partidos políticos de masas, los que aún sobreviven, son cáscaras vacías, activadas tan sólo como maquinarias electorales cuando toca. Los sindicatos sobreviven a base de abandonar sus formas de organización construidas históricamente como una réplica de las burocracias racionales características de las grandes empresas y las agencias estatales. Las asociaciones ciudadanas formales y sus conglomerados organizativos se encuentran en franca decadencia como expresiones de participación social [...]. Con esto no quiero decir que la gente no se organice y movilice en defensa de sus intereses o para afirmar sus valores, pero las coaliciones flexibles, las movilizaciones semiespontáneas y los movimientos *ad hoc* de corte neoanarquista, sustituyen a las organizaciones permanentes, estructuradas y formales. Los movimientos emocionales, provocados por un evento mediático o por una gran crisis, parecen ser a menudo fuentes de cambio social más importantes que la rutina cotidiana de ONG responsables. Internet se está convirtiendo en un medio esencial para la expresión y organización de esta clase de manifestaciones que coinciden en un momento y lugar determinados, consiguen un impacto publicitario en el mundo de los medios de comunicación y actúan sobre las instituciones y las organizaciones (las empresas, por ejemplo) gracias a las repercusiones de su impacto en la opinión pública. Estos son movimientos destinados a tomar el poder de las mentes, no el poder del Estado» (Castells, M., *La galaxia Internet. Reflexiones sobre Internet, empresa y sociedad*, Plaza & Janés, Barcelona, 2001, p. 162).

³ Cfr. López García, X. y Otero López, M., *Bitácoras. La consolidación de la voz del ciudadano*, Netbiblo, La Coruña, 2007, pp. 44 y ss. (“4.4. Redes, comunidades y el virus de la pertenencia”).

derecho). Ese “ocupar participativo” sería el de los Diversos, incluso el de los Más Diversos. Que luego ello tuviese repercusiones políticas, pasaría a ser una cuestión muy importante, pero de otra índole (en todo caso, habría que evitar pensar que por no tener repercusiones políticas directas y muy eficaces, aquella *participación de los más diversos* careciese de relevancia político-democrática). A estas alturas no podemos dudar de que, más allá del aval que encuentra en las mayorías, el paso por las minorías es *conditio sine qua non* de una democracia libre de la tentación totalitaria⁴. Lo decisivo ya no sería únicamente el posible contacto entre las múltiples minorías y el ámbito de lo que solemos entender por política, sino justamente la *hipersensibilización* que Internet indiscutiblemente va a traer consigo. Tal vez pudiera convertirse en un espacio tan potencialmente satisfactorio, pese a sus déficits evidentes para los individuos y las minorías, que va a incrementar aceleradamente la conciencia crítica respecto a la concepción tradicional, muy inercial y rutinaria, de la política y tal vez a potenciar la desafección (más allá incluso de la ya existente) por el compromiso político al uso, como si fuese una válvula de escape frente a la presión de sus cada vez más frecuentes decepciones. Internet va a aumentar las exigencias de *voz*, antes que de *voto* (pero también de voto), hasta un extremo insospechado. Más allá de lo que solíamos entender bajo esta rúbrica, Internet conduciría a *creer* que la *Vox Populi* no es sin más un señuelo utópico. Hará *creer* en ello, y movilizará en consecuencia *al margen* de lo que podría concebirse “idealmente” como la suficiencia de la *representatividad político-parlamentaria*, que los partidos mayoritarios tradicionales veneran y más allá de la cual perjuran que no hay demasiadas posibilidades ni futuro.

Internet está posibilitando, en suma, que *se afine la sensibilidad* hacia lo político e indirectamente está provocando, decía -tanto para bien como tal vez también para mal- que la política al uso aparezca cada vez más socialmente empobrecida y se torne más afilada la crítica a una amorfa *política de mayorías* que se perpetúa en la desconexión entre Política y Sociedad que solemos asumir, a todos los niveles, como algo que casi va de suyo, y que si bien sería muy exagerado decir que por el momento vaya a poner en peligro a la democracia, sí desde luego nos recuerda el riesgo de su posible creciente obsolescencia, su *ausencia de autoexigencia*, cuando se conforma demasiado fácilmente con estereotipos ideológicos en creciente desuso, abstractos y en el fondo deliberadamente insensibles al creciente pluralismo interior de la sociedad. El

⁴ Si no vigilase críticamente esa tentación, no habría contradicción (lo cual no suele reconocerse con la debida frecuencia) entre democracia y totalitarismo (cfr. sobre esta cuestión, la interesante aportación de Esposito, R., «Democracia», en *Confines de lo político. Nueve pensamientos sobre Política*, Trotta, Madrid, 1996, pp. 39-56).

riesgo de que la política de masas se torne insuficiente, por pereza, negligencia o falta de autoexigencia respecto a la complejidad de lo social, no es menor que el riesgo de escasa autoexigencia por parte del *hombre-masa* (Ortega). De este modo, Internet va a forzar crecientemente a la política no únicamente en el sentido de que se ponga al día instrumentalmente respecto a los canales de comunicación con los ciudadanos/votantes, sino a que incremente su sensibilidad (aquí quisiera ocuparme de la sensibilización respecto a las minorías). Cada vez será más un tema crucial, independiente de las diversas opciones de orientación ideológica. Lo que a comienzos de los 80 del siglo XX Lipovetsky llamó *proceso de personalización* parece ser irrefrenable. Porque, además, Internet lo está incrementando y, por así decirlo, incluso “blindando”. La nueva sensibilidad, muy potenciada *on line*, no cabe duda de que reportará innovación y creatividad *velis nolis*, y provocará que lo ajeno y abstracto se tornen crecientemente irrelevantes.

Insisto en que no se trata, bien visto, de que las *minorías electivas* pudiesen ocupar el lugar de los tradicionales dinamismos democráticos (elecciones periódicas; concentración *útil* del poder en torno a mayorías de votos y ulteriormente parlamentaria; representatividad, crítica y control del gobierno, división de poderes, etc., etc.), ni siquiera se trata de reivindicar aquí la relevancia de algunas minorías genuinamente *políticas* en la medida en que pueden entrar con eficacia en el juego propiamente político (en tanto pudieran servir de apoyo a los partidos mayoritarios para acceder a la mayoría parlamentaria que permite la toma del poder). Me refiero a *otra riqueza de la democracia, no ideológica, sino vital*, a cuya protección y promoción Internet está contribuyendo poderosamente, convirtiéndose en un factor decisivo a la hora de contrarrestar la *pereza* y escasa exigencia de una política básicamente partidista, excesivamente gestonaria, demasiado dispuesta a entregarse a uniformidades, mediocridades, términos medios, rutinas, fáciles obviedades, conformismos y autoconservación, etc., casi siempre, por lo demás, con creciente intensidad de “concienciación” muy especialmente sobre todo (cuando no exclusivamente) en periodos electorales. Pensemos en minorías de “víctimas del terrorismo”, “minusválidos”, “grandes dependientes”, “gays y lesbianas”, “artistas”, “autores”, “madres”, “minorías étnicas”, “inmigrantes”, “feministas”, “padres divorciados”, etc., que en un momento dado pueden no ya “asaltar”, sino, mucho mejor, *estimular* el espacio de la *e-democracia* no en su aspecto simplemente gestor, sino social, a ras de mundo de la vida -sin duda, también, el que incumbe a minorías excluidas. Aunque las minorías electivas no tienen que ser necesariamente excluidas, parece claro que en muchos casos la realidad de tales minorías está fuertemente condicionada por la exclusión o

marginación social. En este sentido, Internet supondrá un medio imprescindible para encauzar el apoyo y la reivindicación a la atención por parte del espacio público. A juicio de Douehi,

es tentador describir el entorno digital como el lugar donde emergen prácticas democráticas a escala mundial y que permite el acceso y amplía la participación de aquellos a quienes antes se les impedía hablar. No caben dudas de que, en ciertos casos, lo digital se ha convertido en el espacio de un cuestionamiento eficaz de la autoridad política y que ha engendrado una cultura de la resistencia política anclada en el ciberespacio y en la competencia digital. Podemos citar muchos ejemplos de blogs o sitios que dan la palabra a personas que rara vez tuvieron la oportunidad de tenerla en el pasado y que, de este modo, permiten crear un foro viable para la acción política y social. En esos casos, el concepto de alfabetización digital cobra un sentido aún más amplio: ya no sólo designa la aptitud para interactuar y participar en el entorno digital, sino también una iniciación cultural y política más general, que aprovecha la tecnología para dar a conocer y hacer comprender ideas y opiniones hasta entonces completamente ignoradas o reservadas a los especialistas. La militancia digital demuestra el poder político de la tecnología y de las prácticas que ésta posibilita, pero también subraya la necesidad de una reflexión sobre las relaciones entre la alfabetización digital y lo político. Así como la alfabetización transformó de manera radical la vida política, la alfabetización digital puede reventar la cultura política»⁵.

La sensibilidad política *democrática pre-ideológica* que Internet nos recuerda, capaz de dar cabida a *multitud de minorías* e incluso a *minorías multitudinarias*, aportará a la democracia la posibilidad de un gran *esprit de finesse*. Nunca lo tuvimos tan accesible.

Del “hombre de la calle” al “hombre de la red”: el nuevo humanismo *on line* y la segunda fase del *proceso de personalización*

El pluralismo que Internet favorece y al que hace tremendamente accesible, no supone tan sólo un apoyo, cada vez más imprescindible, a la democracia. Más profundamente aún, si cabe, ese pluralismo suscita la posibilidad de una suerte de *humanismo on line sui generis*: no ya propiamente *massmediático* a la vieja

⁵ Douehi, M., *La gran conversión digital*, FCE, México, 2010, pp. 106-107. Cfr. también Tagliagambe, S., *El espacio intermedio. Red, individuo y comunidad*, Fragua, Madrid, 2008, pp. 198-199.

usanza (de la que forma parte la cada vez más trasnochada *unidireccionalidad* de la información, como se ha reconocido abrumadoramente), pues entre el fenómeno de la masa y el humanismo hay mucha desavenencia, sino justamente un humanismo *en red* y, más concretamente, *personista*⁶ y *minoritario*, lo que no significa que no pueda vincularse a lo global (tal es uno de los “milagros” que Internet opera).

Si bien es frecuente que cada vez que nombramos la palabra “humanismo” o “democracia” nos imaginamos casi rutinariamente sus respectivas perfecciones ideales, cuando digo que Internet los favorece no estoy queriendo decir que el efecto de Internet sea absolutamente benéfico y carezca de sombras o reparos (que son potencialmente abundantes), ni que esa democracia o ese humanismo puedan llenar todo lo que solemos esperar de tan magníficas *ideas*. Habría que tener cuidado para no caer en huecas *fraseologías*⁷. Más simplemente, se trata de reconocer que Internet contribuye a la democracia y a un cierto tipo de humanismo, a saber: un humanismo *hiperpluralista*, *mayoritariamente “personista”* y *minoritario*, *basado en la comunicación mediada por ordenador*, nunca conocido hasta finales del siglo XX.

En ocasiones me he preguntado si ese pluralismo podría asimilarse a un humanismo de un “cierto” *hombre de la calle* cotidiano y anónimo, en principio, aunque ya no propiamente sumido en una masa de indistinción, sino con las inquietudes y los medios necesarios como para poder destacarse de la masa, no por excelencia alguna, sino por su propia *idiosincrasia* de individuo. En todo caso, ¿existe de veras, aún, ese “hombre”? ¿podría detentar ese título, que nos ha servido durante años para nombrar, a título metafórico, al ciudadano *de a pie*, envuelto por e inserto en sus problemáticas reales, ordinarias, concretas, acuciantes: hombre que lo es también, al mismo tiempo, de andar por casa, con los pies en el suelo, hombre verídico, no dado a abstracciones ni –según parece o parecía– demasiadas extravagancias? Si nos fijamos: “calle”, “pie”, “suelo”, “casa”, incluso “realidad”... ¿qué va quedando de todo ello? Tal vez *el hombre de la calle* siga ahí, y esta pregunta carezca de sentido. O tal vez vaya desapareciendo.

⁶ Me adelanto a la posible perplejidad del lector ante este término. Lo utiliza e incluso lo ha popularizado el sociólogo y ensayista Vicente Verdú para abordar en concreto lo que a comienzos de los 80 había llamado Gilles Lipovetsky “proceso de personalización”. “Personismo” es un neologismo para evitar utilizar el término “personalismo”. Aunque presente en muchos de sus trabajos, lo presenta especialmente en *Yo y Tú, objetos de lujo. El personismo: la primera revolución cultural del siglo XXI*, De Bolsillo, Barcelona, 2007. Un buen resumen lo encontrará el lector en el cap. 11.

⁷ Ortega y Gasset, José. «Fraseología y sinceridad», en *El espectador V*, en *Obras completas II*, Taurus/Revista de Occidente, Madrid, 2004, pp. 593-601.

En todo caso –y a esto quería referirme–, parece cada vez más cierto que, si quisiéramos encontrarle (al *hombre de la calle*), deberíamos, primero, confiar en que no se nos aparecerá como algo monótono ni uniforme, sino como *una multitud muy diversa*. Más precisamente: como *multitud... de minorías*, pues los individuos “atómicos” tienden a agruparse en minorías “moleculares”. Por otra parte, deberíamos incursionar cada vez más en esa otra dimensión en la que el espacio social se torna *invisible*⁸, precisamente en tanto parece retirarse de las calles, de los lugares de trabajo, de los tradicionales espacios que asignábamos a la “vida cotidiana”, para aparecer cada vez más *on line* (lo que no impedirá que cuando deba “retornar a la calle” no vaya a hacerlo, y masivamente, incluso con virulencia –según atestiguan fenómenos sociales recientes–). En cualquier caso, cada vez se hace más necesario “navegar” a través del *hombre de la red*. Si es cierto que *el hombre de la calle* no ha dejado de sentirse “uno más” en vínculos de pertenencia y participación, desde comienzos de los años 80 del siglo XX, es decir, desde hace una treintena de años, también ha ido alcanzando cada vez más cotas de lucidez en torno a su *singularidad*, a su *diferencia*, gracias a la expansión del capitalismo avanzado, centrado en el consumo⁹. Por su parte, *el hombre de la red*, una década más tarde, a partir de mediados de los 90 y, sobre todo, del cambio de siglo, merced a la virulencia comunicativa y accesibilidad que Internet produce ha encontrado la oportunidad de convertirse en protagonista

⁸ Ortega había dicho en *La rebelión de las masas* que «ahora, de pronto, aparecen [las muchedumbres] bajo la especie de aglomeración, y nuestros ojos ven donde quiera muchedumbres. ¿Dóndequiera? No, no: precisamente en los lugares mejores, creación relativamente refinada de la cultura humana, reservados antes a grupos menores, en definitiva, a minorías. La muchedumbre, de pronto, se ha hecho visible, se ha instalado en los lugares preferentes de la sociedad. Antes, si existía, pasaba inadvertida, ocupaba el fondo del escenario social; ahora se ha adelantado a las baterías, es ella el personaje principal. Ya no hay protagonistas: sólo hay coro. El concepto de muchedumbre es cuantitativo y visual. Traduzcámoslo sin alterarlo, a la terminología sociológica. Entonces hallamos la idea de masa social» (Ortega y Gasset, J., *La rebelión de las masas*, en *Obras completas IV*, Taurus/Revista de Occidente, Madrid, 2005, p. 377). Hoy, sin embargo, Internet y su *sui generis* “visibilidad” provoca que las masas ya no sean “visibles” en un sentido meramente ocular en el ámbito de “las calles”, amén de que por el propio “estilo” de Internet quizás debiera sustituir las “masas” por las “multitudes”, si se las aborda desde la dimensión virtual *on line*.

⁹ Consumo que, con todo lo que de reprochable pudiese tener desde un punto de vista tradicional humanista, especialmente cuando se torna alienante o cuanto menos, como empobrecedor del ser personal, en cualquier caso, parece que finalmente esté contribuyendo a un más afinado autoconocimiento de las personas, que se ven continuamente conminadas a elegir(se) en medio de una gran oferta, en todos los ámbitos. Resulta sorprendente la metamorfosis cultural del “examen de conciencia”, que ha pasado de la exigencias rigurosas moral y psicológica (confesionario y diván, respectivamente), a los perfiles de las redes sociales, en que se demanda de cada participante que se caracterice según sus preferencias, gustos musicales, hobbies, etc., y que valore lo que desea que sea socialmente conocido o lo que no, con quiénes está dispuesto a intercambiar su “muro”, fotografías, etc.

(o al menos en cierto gran protagonista) de la galaxia Internet, gracias, en general, a las *redes sociales y comunidades en línea* de todo tipo. En este sentido, las *minorías electivas* suponen una maduración, a través del *individualismo en red*, de aquel *hiperindividualismo* como *proceso de personalización* que describió Lipovetsky en 1983, así como, añadámoslas (hablaré luego brevemente de ellas), de las aportaciones de un Moscovici en 1984 respecto a un entorno social maduro para acoger las posibilidades innovadoras de las *minorías*.

Quien relea, a años vista, el texto crucial de Lipovetsky¹⁰ comprobará que, aparte de no ser demasiado citado por los teóricos de la *galaxia Internet* (pienso en Castells, por ejemplo), en su momento aportó un marco básico de comprensión para lo que iba a suceder con el “individualismo” en nuestra época. Eso sí: a comienzos de los 80, cuando Lipovetsky gestaba *La era del vacío*, Internet era aún, desde el punto de vista de su uso popular, completamente irrelevante, sin que Lipovetsky hubiese podido imaginar las oportunidades que brindaría Internet para confirmar y a la vez superar lo que de interesante, en un caso, y sofocante y estéril, en otro, podría tener ese individualismo *psi* que tan brillantemente había descrito en su conocido primer gran ensayo. De cualquier modo, lo que mostró el sociólogo francés prediseñaba el auge del individualismo y, por ende, el de la red a partir de ese mecanismo tan importante, que destacaba Lipovetsky, del *consumo a la carta*, es decir, de *mecanismos electivos*. Sin entrar ahora en detalles, pues el ensayo de Lipovetsky es muy conocido, en lo que se venía a insistir es en lo que se llamaba *proceso de personalización*, como algo que había sido propiciado por el capitalismo avanzado, y el *consumo a la carta* que es su núcleo “duro” más evidente y popular, capaces ambos de dar satisfacción a un sujeto crecientemente psicologizado, hedonista, indiferente, etc. Con la expresión “proceso de personalización”, Lipovetsky no pretendía, en modo alguno, referirse a la *persona* de la que hablaba el personalismo comunitario como doctrina filosófico-ética (representado básicamente por Marcel, Mounier y otros), sino dar cuenta de una creciente personalización de nuestros vínculos (quizás uno de los ejemplos más superficiales fuese el de la ropa “de marca”, o la creciente apelación de los mensajes publicitarios a cada uno de nosotros, y en general, como he dicho, lo que Lipovetsky llamaba *consumo a la carta*, que se habría extendido a todos los sectores del consumo posible). Lo que se rescata de la persona, en ese proceso, no es su dimensión trascendente-comunitaria sino, ante todo, su *relacionalidad*. El *individualismo en*

¹⁰ Lipovetsky, G., *La era del vacío. Ensayos sobre el individualismo contemporáneo*, Anagrama, Barcelona, 1984.

red de Castells no se entiende bien sin el proceso de personalización de Lipovetsky, si bien es cierto (y es en este punto en el que quisiera insistir brevemente) que en estos últimos treinta años, la conjunción de 1º) el surgimiento e implantación popular vertiginosa de Internet; 2º) el incremento de la *selectividad* en los medios de comunicación (radio, televisión, prensa) y 3º) la potenciación de la *interactividad* han propiciado que se abriese paso en Internet, especialmente desde el cambio de siglo, lo que se ha llamado la *web 2.0*, que es, como se ha dicho en alguna ocasión, la web “de la gente” (más que académica o de los negocios).

Lo que nos separa de comienzos de los 80 es un hecho al mismo tiempo social y tecnológico que conecta en buena medida, a mi entender, con la *creciente percepción de los aspectos negativos del hiperindividualismo* descrito por Lipovetsky, de modo que cuando Internet se popularizó fue y es lógico que comenzase a provocar reticencias respecto a los riesgos que comportaría (sobre todo su abuso) de cara a un individualismo excesivo y estéril, que acabaría aislando a los usuarios, apartándoles del espacio social cotidiano, familiar, de amigos, etc. Si se me permite la expresión coloquial: sería como echar leña al fuego, la definitiva vuelta de tuerca del desastre del individualismo. Sin embargo, a la altura de finales de la primera década del siglo XXI, Internet propicia enormemente que hayamos pasado tanto del hombre masa y del hiperindividualismo psi y básicamente consumista de los 80 y 90 del siglo XX a una época *personista* no menos consumidora, es cierto, pero también muy preocupada por “invertir” *expresa y decididamente* en vínculos sociales. ¿No se deja entrever la posibilidad de un “humanismo” a la altura de los tiempos, *on line* y *soft*?

En efecto, en esta última década se ha producido una inflexión en la medida en que han aparecido, con enorme intensidad y apoyo social evidente, las “redes sociales”, un macrofenómeno cuyo común denominador es el *incremento de la relacionalidad* –y no sólo propiamente débil, aunque es cierto que mayoritariamente sí lo es, al menos en las redes sociales masivas o generalistas-, a todos los niveles y en todas las modalidades imaginables, que ha contribuido a que el reproche de individualismo asociado a Internet pierda algunos argumentos, al menos en el sentido de que ha propiciado, por un camino indirecto, la aparición del fenómeno del *individualismo en red* y de las *minorías electivas*.

¿Podría hablarse, así pues, de una suerte de humanismo personista y, además, de una segunda fase del proceso de personalización? Sí, en la medida en que, independiente de si es *soft* o riguroso, el humanismo, centrado en la persona, la antepone, la atiende, la aprecia (aunque sea cierto que junto al vector

“persona” intervengan, a veces con complejidad, muchos otros factores), y también podría hablarse de una segunda fase del proceso de personalización, especialmente gracias a Internet, que ha permitido trascender muchas de las estrecheces de la vida cotidiana, favoreciendo una personalización no sólo a través del consumo a la carta, sino de una socialidad electiva, en la que interviene, ciertamente, el narcisismo de los individuos, pero también otros factores relacionados con la exigencia de encuentro, convivencialidad y apoyo mutuo.

Todos somos (alguna) minoría. Minorías electivas vs minorías selectas

No puedo detenerme demasiado en la extensa y bien conocida argumentación de Ortega en *La rebelión de las masas*. Tan sólo quería hacer notar una cuestión que estimo imprescindible. Aunque Ortega aborda abiertamente pero también con cierta prudencia el tema de las “masas”, sin embargo, en algunos aspectos su crítica es acendrada. Y no se trata únicamente de que las masas no sean –como insiste Ortega– autoexigentes. En realidad, tampoco una élite tendría por qué serlo *en general* (pues se puede ser muy autoexigente en algunos aspectos y muy negligente en otros). Propiamente, Ortega no soporta que las masas den la espalda a la liberalidad de las diferencias individuales, en tanto la masa prescinde de las idiosincrasias personales. Como se dice en el «Prólogo para franceses» de *La rebelión de las masas*,

triumfa hoy sobre todo el área continental una forma de homogeneidad que amenaza consumir por completo aquel tesoro. Dondequiera ha surgido el hombre-masa de que este volumen se ocupa, un tipo de hombre hecho de prisa, montado nada más que sobre unas cuantas y pobres abstracciones y que, por lo mismo, es idéntico de un cabo de Europa al otro. A él se debe el triste aspecto de asfixiante monotonía que va tomando la vida en todo el continente. Este hombre-masa es el hombre previamente vaciado de su propia historia, sin entrañas de pasado y, por lo mismo, dócil a todas las disciplinas llamadas “internacionales”. Más que un hombre, es sólo un caparazón de hombre constituido por meras *idola fori*; carece de un “dentro”, de una intimidad suya, inexorable e inalienable, de un yo que no se pueda revocar. De aquí que esté siempre en disponibilidad para fingir ser cualquier cosa¹¹.

¹¹ Ortega y Gasset, J., «Prólogo para franceses», en *La rebelión de las masas*, Obras completas IV, Revista de Occidente/Taurus, Madrid, 2005, p. 356. Un poco después, citaba a Stuart Mill (*ibid.*, p. 362): «Aparte las doctrinas particulares de pensadores individuales, existe en el mundo una fuerte y creciente inclinación a extender en forma extrema el poder de la sociedad sobre el individuo, tanto

Estábamos, entonces, a la altura de 1937 (*La rebelión de las masas* apareció en *Revista de Occidente* en 1930). Vista la evolución de la sociedad, Ortega no confiaba en el que el curso de la modernidad permitiese asegurar el triunfo de los individuos:

¿Pueden las masas, aunque quisieran, despertar a la vida personal? No cabe desarrollar aquí el tremebundo tema, porque está demasiado virgen. Los términos en que hay que plantearlo no constan en la conciencia pública. Ni siquiera está esbozado el estudio del distinto margen de individualidad que cada época del pasado ha dejado a la existencia humana. Porque es pura inercia mental del “progresismo” suponer que conforme avanza la historia crece la holgura que se concede al hombre para poder ser individuo personal, como creía el honrado ingeniero, pero nulo historiador, Herbert Spencer. No; la historia está llena de retrocesos en este orden, y acaso la estructura de la vida en nuestra época impide superlativamente que el hombre pueda vivir como persona¹².

A su juicio, toda sociedad se estructura en masas y minorías. Antes de afirmar la “especial cualificación” de las minorías, acomete una aproximación aséptica, general. Para Ortega,

Masa es el “hombre medio”. De este modo se convierte lo que era meramente cantidad -la muchedumbre- en una determinación cualitativa: es la cualidad común, es lo mostrenco social, es el hombre en cuanto no se diferencia de otros hombres, sino que repite en sí un tipo genérico. ¿Qué hemos ganado con esta conversión de la cantidad a la cualidad? Muy sencillo: por medio de ésta comprendemos la génesis de aquella. Es evidente, hasta perogrullesco, que la formación normal de una muchedumbre implica la coincidencia de deseos, de ideas, de modo de ser, en los individuos que la integran. Se dirá que es lo que acontece con todo grupo social, por selecto que pretenda ser. En efecto; pero hay una esencial diferencia.

por medio de la fuerza de la opinión como por la legislativa. Ahora bien: como todos los cambios que se operan en el mundo tienen por efecto el aumento de la fuerza social y la disminución del poder individual, este desbordamiento no es un mal que tienda a desaparecer espontáneamente, sino, al contrario, tiende a hacerse cada vez más formidable. La disposición de los hombres, sea como soberanos, sea como conciudadanos, a imponer a los demás como regla de conducta su opinión y sus gustos, se halla tan enérgicamente sustentada por algunos de los mejores y algunos de los peores sentimientos inherentes a la naturaleza humana, que casi nunca se contiene más que por faltarle poder. Y como el poder no parece hallarse en vía de declinar, sino de crecer, debemos esperar, a menos que una fuerte barrera de convicción moral no se eleve contra el mal, debemos esperar, digo, que en las condiciones presentes del mundo esta disposición no hará sino aumentar». Para comprender la posición de Mill es imprescindible la lectura del cap. 3 de *Sobre la libertad*, Tecnos, Madrid, pp. 149-178.

¹² Ortega y Gasset, J., «Prólogo para franceses», op. cit., pp. 365-366.

En los grupos que se caracterizan por no ser muchedumbre y masa, la coincidencia efectiva de sus miembros consiste en algún deseo, idea o ideal, que por sí solo excluye el gran número. Para formar una minoría, sea la que fuere, es preciso que antes cada cual se separe de la muchedumbre por razones *especiales*, relativamente individuales. Su coincidencia con los otros que forman la minoría es, pues, secundaria, posterior, a haberse cada cual singularizado, y es, por lo tanto, en buena parte, una coincidencia en no coincidir. Hay casos en que este carácter singularizador del grupo aparece a la intemperie: los grupos ingleses que se llaman a sí mismos “no conformistas”, es decir, la agrupación de los que concuerdan sólo en su disconformidad respecto a la muchedumbre ilimitada. Este ingrediente de juntarse los menos, precisamente para separarse de los más, va siempre involucrado en la formación de toda minoría¹³.

Sin embargo, es preciso reconocer que la minoría no tiene que exigir necesariamente la voluntad expresa de separarse *reactivamente* de la masa, como si de una *élite* (*elegida*) se tratara, que la despreciase, sino que, sobre todo, debe saber *reconocerse afirmativamente* en una diferencia compartida precisamente minoritaria o específica, que le brinde su propia entereza o consistencia, y que sería irreductible a (no antagónica de) lo genérico. La comunidad de los amputados, por ejemplo, es una minoría no selecta, sino “intraelectiva”, inserta en un todo social en el que la *pertenencia* a una minoría no tiene por qué condicionar la *participación* en el todo social¹⁴. Este *va siendo* uno de los grandes logros de las democracias contemporáneas. Ello, y el que una minoría no tenga por qué ser *reactiva*, ni se experimente como tal ni sea oprimida, se debe a que las minorías disponen hoy, a su favor, de un espacio previo social y político de pluralidad y proceden de una revolución individualista, de en torno a los ochenta del siglo XX (Lipovetsky), que, además -y éste es el tema- está siendo fuertemente potenciada y avalada por Internet, que es un espacio de

¹³ Ortega y Gasset, J., *La rebelión de las masas*, op. cit., p. 377.

¹⁴ Me he referido a estos dos criterios (los de pertenencia y participación) en «Nación, democracia y humanismo en E. Renan» (a aparecer en *Contrastes*). Como ha reconocido Rubio Carracedo, «la teoría de la ciudadanía compleja puede ilustrarse convenientemente mediante el juego dialéctico de los conceptos de “pertenencia” y de “participación” [...] La pertenencia es una categoría psicosocial que hace referencia a la propia identidad etnocultural como individuo y como grupo, lo que conlleva una disposición de lealtad profunda al grupo, así como la asunción de obligaciones hacia el mismo [...]. La pertenencia pone el énfasis, pues, en la obtención del reconocimiento pleno de los derechos civiles. La participación, en cambio, es más bien una actitud sociopolítica que supone la aceptación y la integración consiguiente en una estructura institucional para el cumplimiento de las obligaciones cívicas y el ejercicio de los derechos ciudadanos. Por tanto, el énfasis lo pone en la obtención del ejercicio pleno de los derechos políticos» (J. Rubio Carracedo, «Ciudadanía compleja y democracia», en J. Rubio Carracedo, J. M^a Rosales y M. Toscano (eds.), *Ciudadanía, nacionalismo y derechos humanos*, op. cit., p. 27).

convivencialidad y comunicación que hace verdaderas las *voces* mucho más allá de los *votos* (y habría que añadir: meros, aunque importantes votos). En realidad, a Ortega no parecía interesarle tanto el concepto general, sociológico, de minoría, cuanto otro concepto más *elitista*, en el que la minoría aparece prestigiada como *minoría-élite*, *elegida*, *selecta* o “de excelencia”. Su defensa de la democracia es, sobre todo, política, pues no confiaba demasiado en la democracia como *modus vivendi*, al que suele considerar como *hiperdemocracia*¹⁵. Sin embargo, cuando la democracia como sistema político está avalada simplemente o ante todo en su formalidad, su *verdad profunda* (me referiré a ello en un momento) se desplaza, más allá del funcionamiento y la gestión, al pluralismo *incalculable* en el mundo vital¹⁶ lleno de *voces aún irreductibles a votos*. Es aquí donde pienso que ha cambiado profundamente el signo de los tiempos. *Comienzan a desbordar las voces*, y habría que preguntarse si el sistema de votos de la *democracia representativa* conseguirá satisfacerlas. Ortega pretende atraer las minorías al terreno de la *lucidez política*, de la que carecerían las masas (que son, por otra parte, las depositarias, en tanto mayoría, del poder democrático). Ortega, en fin, temía, y con razón, el poder descontrolado de las masas, y las minorías debían ser rectoras, orientadoras. Hoy, las *minorías electivas* conviven, sin más, configurando un inmenso *patchwork* del que uno de sus aspectos es el de la *mayoría de minorías*. Como he dicho, creo que esta convivencia es una garantía del *esprit de finesse* de la democracia y fondo de su verdad “incalculable”. Luego volveré a esta cuestión. Del mismo modo que antes dije que el miembro de una minoría no lo es absolutamente, pudiendo formar al mismo tiempo parte de la multitud, el signo de los tiempos favorece que casi todo individuo en la masa *pueda sentirse parte*

¹⁵ Cfr., por ejemplo, entre otros textos, Ortega y Gasset, J., «Democracia morbosa», en *Obras completas II*. Taurus/Revista de Occidente. Madrid, 2004, pp. 271-275. Cfr. Cerezo Galán, P., «De la melancolía liberal al éthos liberal», en *José Ortega y Gasset y la razón práctica*, Biblioteca Nueva, Madrid, 2011, pp. 345-364.

¹⁶ Luis Angel Fernández Hermana hace referencia a lo que denomina la *élite superpoblada*, en referencia a cómo «la información y el conocimiento se mueven ahora por canales diferentes promovidos por fuerzas sociales distintas, multitudinarias [...]. Desde el punto de vista de Internet, pertenecerían a estas élites los millones de cibernautas que contribuyen a construir los conocimientos de la Red. Y en ese caso, se produce quizá la mayor ironía de la Sociedad de la Información: la élite de la nueva era nace negando su propia definición, pues resulta que lo selecto y exclusivo en ella es compartido y desarrollado por millones de personas. Una élite tan superpoblada es un reto insoportable para el núcleo duro que domina el mundo real» (Fernández Hermana, L.A., *En.red.ando*, Ediciones B, Barcelona, 1998, pp. 57-58). En el caso del ensayo de Fernández Hermana, como en otros, muy abundantes, sobre Internet, aún no pudo hacerse cargo del fenómeno de las redes sociales, por la fecha en que fue escrito, hace trece años.

de alguna minoría, a poco que alcance lucidez sobre su idiosincrasia personal o de sus propias *elecciones* vitales. Éste sería uno de los logros del *personismo*.

Individualidad en red y minoría en red

Con ser acertada, estimo que podría plantearse que junto a las nociones de *individualismo en red*, muy utilizada por Castells, y de *comunidad on line*, de uso generalizado¹⁷, pudiera hacerse entrar en escena la noción “templada”, en cierto modo intermedia entre la frialdad del individualismo y la calidez de la comunidad, de *minoría electiva on line*, que permite situar la discusión en torno a las características de la *sociedad digital* en un terreno digno de atención.

Si la noción de *minoría electiva on line* es interesante, se debe a que, entre otros factores, nos ha permitido siquiera un esbozo de cuestionamiento de la vigencia de la reflexión de Ortega sobre las minorías y las masas, y hacer entrar en escena precisamente el hecho de que las comunidades *on line* son, en buena medida, fruto de *elecciones* o de *afinidades electivas*¹⁸ (lo que muchos autores ponen suficientemente de relieve), de modo que cualifican a la comunidad - aliviando un poco la dificultad de su tematización- al tiempo que dan cuenta de la *lucidez* (*conocimiento, apoyo, etc.*) *compartida* de que puede hacer gala una minoría, y que me parece uno de los motivos más estimulantes que han propiciado el éxito de las redes sociales, que operan sistemáticamente a la vez

¹⁷ Sobre lo que deba comprender como comunidad, Castells asume la definición propuesta por Barry Wellman: «Las comunidades son redes de lazos interpersonales que proporcionan sociabilidad, apoyo, información, un sentimiento de pertenencia y una identidad social». Howard Rheingold había definido las *comunidades virtuales* como «agregados sociales que surgen de la red cuando una cantidad suficiente de gente lleva a cabo estas discusiones públicas durante un tiempo suficiente, con suficientes sentimientos humanos como para formar redes de relaciones personales en el espacio cibernético» (Rheingold, H., *La comunidad virtual. Una sociedad sin fronteras*, Gedisa, Barcelona, 1996, p. 20). También pueden aducirse una serie de rasgos característicos. Así, una comunidad virtual es: a) un objeto hiperreal en tanto que simula ser una comunidad real pero carece de algunas características de ésta; b) está integrada por una serie de cibernautas que se identifican y comparten el contexto, valores y normas de la comunidad y han desarrollado un sentido de pertenencia hacia la misma; c) está ubicada en una parcela o zona del ciberespacio compartida y frecuentada por sus miembros y en cuyo lugar éstos establecen un contacto social a través de la CMC (comunicación mediada por computador); d) es manifiesto un contenido que gira en torno al proceso de inclusión al grupo por medio de la tarea y de la satisfacción de necesidades emocionales y en torno al alcance del contexto en que se lleva a cabo la comunicación; y e) sus miembros se relacionan con el otro a partir del desarrollo de una identidad dentro del medio, la identidad virtual. Me baso en Colordo Prutsky, D., «Comunidades virtuales», en <http://www.monografias.com/trabajos16/comunidades-virtuales/comunidades-virtuales.shtml>

¹⁸ Castells, M., *op. cit.*, pp. 52, 146, 153, etc.

con los criterios de lo *minoritario* y lo *individual*, aunque sin excluir la posibilidad de que, a escala *global* (como de hecho es la escala de la WWW), una minoría puede ser, al menos relativamente, una multitud. Por ello comenzamos nuestras consideraciones con la breve noticia acerca de la comunidad de los amputados.

Es cierto, por lo pronto, que hay sobrados argumentos a favor de lo que Castells denomina *individualismo en red*. Para el autor de *La galaxia Internet*,

no es que Internet cree un modelo de individualismo en red, sino que el desarrollo de Internet proporciona el soporte material apropiado para la difusión del individualismo en red como forma dominante de sociabilidad.

El individualismo en red constituye un modelo social, no una colección de individuos aislados. Los individuos construyen sus redes, on line y off line sobre la base de sus intereses, valores, afinidades y proyectos. Debido a la flexibilidad y el poder de comunicación de Internet, la interacción social on line juega un papel cada vez más importante en la organización social en su conjunto. Cuando se estabilizan en la práctica, las redes on line pueden construir comunidades, o sea comunidades virtuales, diferentes de las comunidades físicas pero no necesariamente menos intensas o menos efectivas a la hora de unir y movilizar. Es más, lo que observamos en nuestras sociedades es el desarrollo de un híbrido de comunicación en el que se juntan el lugar físico y el *ciberlugar* [...] actuando como soporte material del individualismo en red¹⁹.

Sin embargo, en la expresión de Castells se dejan entrever suspicacias -sin duda más que razonables- respecto al uso de la noción de *comunidad*, y además no se cualifica la modalidad en que se desenvuelve el “individualismo en red” del modo más atractivo y estimulante para los que pertenecen a y participan en una comunidad. Para nosotros, se trata justamente del adjetivo, para “minoría”, de “electiva”, no selecta, ni selectiva, ni electora. Si hablo de *electiva*, es porque en gran medida las comunidades son, en escala diversa, fruto de la elección de sus miembros en torno a “perfiles” (digámoslo así, inespecíficamente) según los cuales se puede configurar –y por ello son relevantes- una comunidad²⁰. Nada más entrar en redes sociales diversas, se nos pide que seleccionemos nuestras preferencias, de todo tipo (perfiles), y que -como en *Twitter*- *seleccionemos lo que nos interesa*. Deseaba arribar a esta cuestión, para que se pensara qué juego podría ofrecer utilizar tal categoría de *minoría electiva* para dar cuenta de un

¹⁹ *Ibid.*, p. 152.

²⁰ Grosso modo, en virtud de *orientación social* (de construcción de relaciones -edad- y de entretenimiento), *profesional* (redes de expertos y profesionales) y *comercial* (López García X. y Otero López, M., *op. cit.*, pp. 53-54).

fenómeno cibernético que está situándose entre los más relevantes, y que nos permite pensar el vínculo social (e incluso, indirectamente, sus implicaciones políticas para una democracia) tanto más allá del *individualismo* (y de las minorías selectas orteguianas) como más allá de la *sociedad de masas*. En buena medida, configuran algo que se podría integrar perfectamente en lo que Silvano Tagliagambe ha llamado *espacio intermedio*²¹. El mecanismo de la elección guarda relación con el “elegirse” del participante. Por ello, se entiende que para *elegir* tiene el sujeto que preguntarse a sí mismo por sus preferencias, aficiones, ideología, etc., y debe aceptar en buena medida que tal información sea compartida, si quiere mantener vínculos *veraces*. Es decir: tiene que elegirse a sí mismo. Ni que decir tiene -y en ello se muestra la complejidad del tema- que ese (pequeño, o gran, según) *examen de conciencia* de los individuos se ha convertido en algo imprescindible al capitalismo avanzado, que de este modo puede llegar a conocer mucho mejor, p. ej., las demandas, de todo tipo, de sus consumidores. Sí, no cabe duda de que el individualismo en red, las comunidades virtuales o las minorías electivas provocarán un aumento de la lucidez de los individuos frente a sí mismos, su sociedad y sus entornos “minoritarios” y “mayoritarios”. La socialidad se torna muy “mundana” (en torno a intereses compartidos) y a la vez psicológica.

Aún en otro sentido, la minoría en red y, en general y más inespecíficamente, las redes sociales, potencian el autoconocimiento de los individuos y de sus entornos. Al tiempo que una minoría electiva en red tiene su propio *Home* “identitario”, el hecho de que se trate de una minoría filtra enormemente los contenidos a compartir o debatir²², gracias a la afluencia de opiniones, experiencias, etc., que aportan sus miembros, comprometidos expresamente en un sector de inquietudes, de la índole que sea, en muchas ocasiones con vistas a la relación y al apoyo entre sí de los participantes. Tal es

²¹ A juicio de Tagliagambe, «hoy estamos cada vez más frente a una “nueva intimidad” entre público y privado, y a una creciente contaminación e hibridación entre estos dos ámbitos, lo que hace problemático trazar una línea de demarcación neta entre ellos. Las web personalizadas y, sobre todo, los blog [...], desarrollados y estructurados como lugares virtuales para entrar en contacto con las personas físicamente lejanas, pero con las cuales se busca establecer una convergencia de ideas, puntos de vista, reflexiones y un compartir basado en la comunicación de los propios pensamientos, incluso los más recónditos, divulgados en la red casi en tiempo real, son la expresión más directa y espectacular de este nuevo espacio intermedio, llamado *blogosfera*» (Tagliagambe, S., *op. cit.*, p. 193). A la altura aproximada de redacción de su ensayo (2007 aprox.), el fenómeno de las hoy populares *redes sociales* no era tan relevante, por lo que Tagliagambe se basa mucho en el extraordinario fenómeno de la *blogosfera*.

²² En general, las redes sociales basan su eficacia para intervenir, en cualquier sentido, en la posibilidad de “perfilar” una agenda de temas concretos. Puede tratarse de la minoría de los amputados o de un movimiento social mucho más amplio, de cualquier signo que sea.

la dimensión *empírica* de la identidad de la minoría. Y se trata, casi siempre, de un “empirismo” multimedia (blogs, chats, foros, y documentación en soportes diversos: fotografía, video, etc.). Por lo demás, resulta muy destacable el vínculo entre la *comunicación mediada por ordenador* y la especial locuacidad y afluencia de información que propicia la *desinhibición* que Internet favorece²³.

Individualismo en red quizás da que pensar más en términos de individuo, es decir, de los componentes elementales de la sociedad-red, con una relacionalidad aséptica, no aludiendo a la dimensión de lo compartido o comunitario, de modo que la comunidad queda expresada meramente bajo la modalidad fría de *interconectividad* (= *en red*) como procedimiento que permite que surja y se mantenga la comunidad. Por su parte, *minoría* no deja de pensar al individuo, pero *desde una comunidad a la que el individuo se acopla y a la que, a la vez, él mismo contribuye a configurar*. Podríamos decir: *minoría electiva en red*. El *individualismo en red* puede mentar la *sociedad en red*, y creo que lo interesante, en el desmarque tanto frente al modelo individualista como frente al modelo de la masa, es el nuevo modelo de *comunidad en red minoritaria*. O al menos cabría decir que el concepto de minoría se torna interesante, en tanto articula y aporta cierta “calidez” al frío *individualismo en red*, pues introduce *elecciones personales, afectivas, racionales, pragmáticas*, etc. Al *individualismo en red* podríamos representárnoslo como una multitud ingente de individuos que se encuentran bastante *impredeciblemente* agrupados, por más que pudieran en cierto momento contabilizarse las posibilidades de clasificación (que nada ni nadie podría impedir que siguieran creciendo, mientras encontrasen crédito en posibles participantes). Por eso, el término intermedio, y el más significativo, sería el de *minoría electiva en red*. El *individualismo en red* puede extenderse ilimitadamente, abarcando a millones²⁴ y aunque sea ése un fenómeno importantísimo (en especial, por su ocasional capacidad de macroconvocatoria y movilización, en todos los sentidos), sin embargo, no da cuenta de la relevancia de la minoría, célula básica de la experiencia de la comunidad. Es decir: *minoría* señala el paso del *individualismo en red* a la *comunidad*. Por otra parte,

²³ Cfr. Reid, E., «Jerarquía y poder. El control social en el ciberespacio», en Smith, M.A. y Kollock, P. (eds.), *Comunidades en el ciberespacio*, Editorial UOC, Barcelona, 2003, pp. 155-159

²⁴ Por ejemplo, en Facebook se cuantifican las adhesiones o acuerdos en torno a tal o cual preferencia. Por ejemplo, puede aparecer que los que comparten el gusto en torno a Starbucks son tantos o cuantos millones, mientras que los que comparten el gusto por el coleccionismo de lápices son 235. Pues bien, pienso que es más significativa la comunidad minoritaria que la mayoritaria, pues sería más “creativa”, menos masiva. Que los que comparten el gusto por Starbucks o por los pantalones vaqueros, o por la Coca-cola son millones, nadie lo ignora. Bien diferente sería el caso del coleccionismo de lápices, que de no ser, por ejemplo, por esta “comunicación”, perdería relevancia.

individualismo no da a pensar que la red forma vínculo, pues no expresa precisamente un perfil.

Mentes grupales populares

Aún en otro sentido cabría destacar la relevancia de las *minorías en red*. Y ello vendría a probar que gracias a Internet estas minorías han alcanzado unas posibilidades y una dignidad extraordinaria, sin que sea necesario pensarlas como selectas o excelentes, sino sencillamente electivas. En 1994, Howard Rheingold comenzó a hablar expresamente de las *mentes grupales populares*, plasmación de las *comunidades mediadas por computadora* (CMC)²⁵. Hoy se habla con frecuencia de inteligencias en conexión²⁶ o de inteligencia colectiva. Ciertamente, ya desde 1968 se atisbó cuál sería el futuro. Licklider y Taylor escribieron que las *comunidades de intereses en línea*

serán comunidades que reposen no sobre una localización común sino sobre un interés común [...] el efecto de este elemento será importante tanto sobre los individuos como sobre la sociedad. De entrada, los individuos on line serán más felices, pues aquellos con quienes interactúen más fuertemente habrán escogido según sus intereses y sus objetivos comunes, más bien que en función de azares de la proximidad geográfica. De inmediato, la comunicación será más efectiva y productiva, y en consecuencia, más agradable²⁷

Hoy ya no se trata únicamente de que a través de conexiones *on line* entren en interacción grupos de investigadores (como originalmente, por ejemplo, en *Arpa*), dentro y fuera de la academia, o del mundo de la empresa y los negocios, generando la interacción magníficos resultados. El cambio de siglo supone para la red un desarrollo exponencial de nuevas, mejores y más eficaces posibilidades *democráticas* de expansión y fluidez, dejando atrás definitivamente el modelo unidireccional. En un mundo deslocalizado cada vez más profundamente, la gente ya no se reúne vecinalmente, en virtud de proximidades del entorno 1 ó 2,

²⁵ Rheingold, H., *op. cit.*

²⁶ Cfr. Kerckhove, D. de, *Inteligencias en conexión. Hacia una sociedad de la web*, Gedisa, Barcelona, 1999.

²⁷ La cita es del artículo de Licklider y Taylor «The Computer as a Communications Device», aparecido en *Science and Technologies*, en abril de 1968. Lo cita P. Flichy en *L'imaginaire d'Internet*, Paris, Éditions La Découverte, 2001, p. 52. Por mi parte, he tomado la cita de Vayreda, A., «Las promesas del imaginario Internet: las comunidades virtuales», en *Atenea digital 5* (Primavera 2004), disponible en <http://antalya.aub.es/athenea/num5/vayreda.pdf>

sino en virtud de proximidad de intereses comunes, afanes afines, puntos de vista acordados, etc. Hoy, las *inteligencias colectivas* o las *mentes grupales* van afianzándose (e insisto en que no se trataría tanto de los hechos o de los logros cuanto de la nueva sensibilidad que se está alcanzando), y han surgido con fuerza las que se ha tenido a bien denominar *redes sociales*, que pueden ser máximamente generalistas (o en cierto momento funcionar de modo muy abierto, global e irrestricto: *Facebook*, *Twitter*, *Tuenti*, etc.), o bien más restringidas y específicas, requiriendo la organización en torno a *criterios de vínculo* (¿en torno a qué nos reuniremos?) y *perfiles de participantes* (*sujetos actores*) o *subjetivos* (¿quiénes formaremos parte del grupo?) en recíproca influencia, dependiendo aquellos criterios y estos perfiles de *afinidades electivas*, en las que intervienen, en grados diversos, los criterios de *pertenencia* y/o *participación*.

¿Se podría considerar una *red social*, o más concretamente, una minoría electiva en red como una *mente grupal* o una *inteligencia colectiva*? Si no somos demasiado exigentes con el concepto, no parece que hubiese un gran impedimento en tal sentido. Pero es cierto que cuanto más *definida*, *electiva* u *orientada* es una red o subred, tanto más se podrá configurar como *mente grupal*, por la sencilla razón de que podrá organizarse mejor, afinar sus criterios, seleccionar sus temas de interés y obtener un rendimiento más óptimo de las potencialidades de *conocimiento* y de *ayuda* que cabe esperar. Un ejemplo magnífico, en tal sentido, que potencia la seriedad en los participantes y objetivos de la comunidad, sería *Less than four* y similares. En todo caso, ni que decir tiene que “*mente*” no debe ser entendido en un sentido propiamente intelectual o especializado, sino más bien como una suerte de “*coro*” en el que la *afluencia* de voces, opiniones, pareceres, vivencias, y todo lo que puede tener cabida en lo que se deja incluir en una *comunidad on line*, aumente el conocimiento, se potencie la expresión y, cuando las comunidades son de *minorías electivas*, se entre en una dinámica *sui generis* que aumente la *reflexividad* y *lucidez* y la vivencia de *apoyo mutuo* de quienes aceptan participar en dicha comunidad.

Tal vez no fuese exagerado decir que hoy van desapareciendo las masas y *ciberapareciendo* multitudes mediadas por una tecnología que favorece enormemente el *individualismo* y *minoritarismo* en red, pues, después de todo, la relación con “el aparato” (computer) sigue siendo individual, mientras que la relación con la “calle” o la “plaza” a la vieja (¡o actual!) usanza no es individual ni minoritaria, sino básicamente colectiva. Las masas pesadas y espesas, apenas discriminadas, escasamente lúcidas, muy embriagadoras, desde luego no se avienen con nuestros recursos y dispositivos tecnológicos. Es evidente. De modo que las nuevas multitudes no son masivas, sino individualistas y minoritarias,

aunque parezca que ello estuviese envuelto en paradoja. Y no se debe esperar que las nuevas multitudes individualistas y minoritarias vayan a comparecer necesariamente de modo que “se las vea” –aunque se dejarán ver, y mucho, cuando sea necesario. Así que en realidad habría que decir lo contrario de lo que decía Ortega en 1930. Internet ha hecho posible que no ya las masas, sino las multitudes, se tornen invisibles.... Y curiosamente, ¡Internet está haciendo posible que vuelvan a reaparecer más inteligente y a la vez virulentamente! No se trata de que aspiren al poder, porque ante todo persiguen la *voz*, no propiamente sobre todo el voto. ¿Podría suponer ello el peligro de un abandono de la vida pública en cuanto tal, o del debate y compromiso a gran escala? No, en la medida en que estas minorías en red no son fruto sólo de cierta desafección política, sino sobre todo de cierta voluntad de convivencia. Lo interesante –a ello me he referido repetidamente- es la sensibilidad emergente, en la que juegan las minorías un papel destacado, porque son más que individuos y menos que masas. Son colectivos que no pretenden ocultar que son “minoritarios”, porque hoy la minoría tiene un poder de atracción del que antes carecía. Son cada vez más, ellas, y no tanto propiamente los individuos, lo *elemental-molecular* del nuevo mundo comunicativo de Internet.

Precisamente, Internet puede confirmar hoy que las *minorías electivas* desempeñen una función enormemente *innovadora*. Si ello ya sucede en el terreno propiamente social, Internet lo ha potenciado, destacando la influencia social de las minorías electivas, que Serge Moscovici indagó en una investigación que fue publicada en 1984, un año después de que se editase *La era del vacío*, de Lipovetsky. Los trabajos de Moscovici y su equipo buscaban especialmente reivindicar el papel de las minorías precisamente situándose en una perspectiva crítica frente a la tendencia habitual en la sociología dominante, a saber, aquella en que el cambio social siempre depende de la primacía de las mayorías, de modo que las minorías serían bastante irrelevantes, debiendo “someterse” o adaptarse previamente al consentimiento de la mayoría para que pudieran protagonizar algunos cambios. Con su investigación, Moscovici mostraba que no es así, y que las minorías, si se dan ciertas circunstancias, pueden innovar más allá de la influencia de las mayorías, siempre y cuando se muestren como *consistentes*, y que en ocasiones su influencia se hace sentir no en la visibilidad de la mayoría social dominante, sino en la esfera de las vidas privadas²⁸.

²⁸ Moscovici, S., *Psicología social I. Influencia y cambio de actitudes. Individuos y grupos*, Paidós, Barcelona, 1991, pp. 71-118 y 175-208.

¿Quién no recordará la época en que estuvo de moda el estudio sobre la *presión del grupo* (se sobreentiende que mayoritario) sobre los individuos? Pero, por otra parte, ¿quién habría conseguido olvidar, entre tanto, por ejemplo, aquel *Twelve Angry Men (Doce hombres sin piedad)*, de Sidney Lumet²⁹? En realidad, el tema “innovación” no estaría vinculado tanto con lo que de hecho tal o cual minoría pudiese innovar, sino, una vez más, con el “estilo” innovador que funda, respecto al todo social, la relevancia creciente de las minorías como esa conjunción entre individualismo en red y redes generalistas. Es decir, la novedad radica en la minoría en plural, o en un pluralismo no sólo individualista, ni simplemente ideológico, ni simplemente multicultural, sino un pluralismo en el seno de nuestra diversidad en el mundo vital. De ser posible, la unidad aparecerá cada vez menos como un todo monolítico, e insisto, no ya por obra de la presencia creciente del “individualismo”, sino por la fuerza de lo minoritario, evitando que el individualismo en red pudiese degenerar en mera dispersión de lo social.

En definitiva, considero que las mentes grupales alcanzan el máximo de eficacia justamente más allá de individualismo y colectivismo, en la intersección que suponen las minorías electivas en su propia “rebelión” callada pero tenaz. En la medida en que no son excluidas ni segregadas, su proyección política no es, de entrada, tan potencialmente beligerante, aunque no cabe duda de que enriquecen enormemente el pluralismo. La rebelión de las minorías es pacífica y expresiva. Pueden ser locales y globales. No pretenden detentar privilegios ni arrogarse de excelencia alguna. Si respecto a la posibilidad que representan no dependen de la necesidad de un conflicto político, es porque de entrada, enriquecen una democracia que Internet ayuda a consolidar.

Rebelión de las minorías y verdad de la democracia

Es difícil vincular la *verdad de la democracia* al individualismo o a las masas. A aquél lo desmiente la exigencia incuestionable de alguna suerte de convivencialidad, comunidad, o *pseudocomunidad* en las que *de un modo u otro* fuese necesario compartir, comprometerse, expresarse, apoyar o ser apoyado... Por otra parte, a las masas las desmiente la verdad de la democracia en la medida en que el fenómeno de la masa se basa en la indistinción, el anonimato y en una

²⁹ Como se recordará, el film trata acerca de cómo las dudas de uno de los miembros de un jurado (Henry Fonda), al que se encomienda condenar a muerte a un hombre o absolverlo, acaba con los nefastos prejuicios del grupo, consiguiendo finalmente que no se declare culpable al encausado.

fuerza que deja de responder a instancias de autonomía, inequivalencia y responsabilidad, etc.

A la democracia le incumbe Internet no sólo por su capacidad para alcanzar una comunicación más eficaz, o de cara a la posibilidad de convocar a la ciudadanía... Aquí he querido detenerme en las posibilidades de participación y expresión que Internet brinda. Precisamente atañe a un estrato de la democracia que no es propiamente político-gestionario. Cuando, hasta este momento, he hablado de la *verdad de la democracia* me refería, con ello, a lo que en un breve ensayo, Jean-Luc Nancy ha dicho al respecto³⁰, buscando desmarcar a la democracia de la política concebida ante todo como gestión. A saber: la democracia no es ante todo algo “político” en el sentido usual de lo que en Occidente se entiende como política. Si bien puede resultar extraño que Nancy a estas alturas pueda hablar sin complejos de “la verdad” de la democracia, es porque esa “verdad” es muy singular. En el contexto de ofrecer una réplica a las críticas vertidas contra Mayo del 68 (en concreto, por N. Sarkozy), Nancy reivindica ese acontecimiento como expresión de la decepción vivida frente a lo que en Occidente se había esperado de la Democracia, después de la experiencia de los totalitarismos, y que no estaba encontrando la oportunidad de su realización. La democracia no habría sido capaz de sacar a la luz como verdad el *demos* que debía ser su principio³¹. Nancy trabaja continuamente con la tesis acerca de la inadecuación de la democracia (representativa, formal) a su propia Idea. Es el pascaliano *el hombre supera infinitamente al hombre* lo que realmente está (debe estar) en el corazón de la democracia. En Mayo del 68, a juicio de Nancy,

lo que cuenta [...] no es el “antiautoritarismo” ni el sentido libertario o libertino que se le atribuye [...]; lo que cuenta es un sentido de esta verdad: que la “autoridad” no puede ser definida por ninguna autorización previa (institucional, canónica, normativa), y sólo puede proceder de un deseo que se expresa o se reconoce en ella. No hay en ese deseo subjetivismo alguno, y menos aún psicologismo, sino la expresión de una verdadera posibilidad y, por lo tanto, de una verdadera potencia de ser. Si la democracia tiene un sentido, debe ser el de no disponer de ninguna autoridad identificable a partir de un lugar y un impulso diferentes de los de un deseo -una voluntad, una expectativa, un pensamiento- en el cual se exprese y se reconozca una verdadera posibilidad de ser *todos juntos, todos y cada uno de todos*»³².

³⁰ Me he referido con detalle a ello en «La democracia por sí misma», en *Esbozos* (IES Meléndez Valdés, Villafranca de los Barros) 12 (2009-2010), pp. 39-47.

³¹ Nancy, J.-L., *La verdad de la democracia*, Buenos Aires, Amorrortu Ed., 2009, p. 18.

³² *Ibid.*, p. 30

Y añade Nancy:

No sólo se trata, pues, de captar un “espíritu de la democracia”, sino de pensar, sobre todo, que la “democracia” *es espíritu* antes de ser forma, institución, régimen político y social. Lo que en esta proposición acaso parezca inconsistente, “espiritualista” e “idealista”, conlleva, muy por el contrario, la necesidad más real, más concreta y más apremiante³³

Si la democracia se basa en que *el hombre supera infinitamente al hombre*, es decir, más allá del hombre dado (aprehensible en instituciones, regímenes, partidos, etc.), entonces la triple exigencia del *hombre, lo infinito y lo común*

no puede, por esencia, ser determinada ni definida. Hay en ello una parte de incalculabilidad que es, sin duda, la más rebelde a los requerimientos de una cultura de cálculo general, denominada “capital”. Esa parte exige que se rompa también con el cálculo previsional, con la anticipación del rendimiento. No se trata de que esta ruptura deba anular toda anticipación, preparación y consideración de las más justas medidas [...]; también es preciso que encuentre su lugar -y su tiempo, su momento- lo infinito de la exigencia³⁴

Nancy reivindica lo incalculable que excede a la política. Y añade que la democracia

debe hacer posible la existencia de esa parte [la de lo incalculable]; su tarea consiste en mantener su apertura, asegurar sus condiciones de acceso, pero no adopta su tenor. El elemento en el cual lo incalculable puede compartirse lleva por nombre arte o amor, amistad o pensamiento, saber o emoción, pero no política; no, en todo caso, política democrática. Esta se abstiene de aspirar a ese

³³ *Ibid.*, p. 31.

³⁴ *Ibid.*, pp. 32-33. Ya Ortega había dicho, en un texto en que criticaba las abstracciones de la fraseología (en especial, de la fraseología política) que «cuando se nos dice que todos los hombres son iguales y que, por tanto, la justicia consiste en tratarlos igualmente, hemos definido ésta con una “frase” que nos facilita sumamente el propósito de ser justos. Pero la verdad es que los hombres son desiguales y que la desigualdad entre dos hombres cualesquiera es muy difícil de calcular. De aquí que al desasirnos de aquella frase y buscar la justicia social descubrimos que es en sí misma problemática, equívoca» (Ortega y Gasset, J., «Fraseología y sinceridad», en *El espectador V*, en *Obras completas II*, Madrid, Taurus/Revista de Occidente, 2004, pp. 594-595). Cfr. Mingo Rodríguez, Alicia M^a de, «Una aportación en torno al habla política: fraseología, habladría y sincerismo», en *Thémata. Revista de Filosofía* 44 (2011), pp. 387-405.

reparto, pero garantiza su ejercicio. La decepción ante la democracia proviene de la expectativa de un reparto político de lo incalculable³⁵

Hay, pues, un utopismo en Nancy de la *verdad* de la democracia, pero ciertamente resulta difícil separar la verdad de la democracia (entendámonos: de una democracia no a medias, autocrítica, realmente autoexigente) de lo que este utopismo supone: distinguir lo común, el *demos*, de las meras configuraciones políticas³⁶. Mal o bien que nos pese. En el sentido de ese utopismo, parece como si la *rebelión de las minorías* supusiera una aproximación al mismo. Internet estaría haciendo camino en esa dirección, tal vez en la medida en que puede ubicarse en esa *apertura y reparto de bienes y oportunidades* que la democracia tiene que hacer posible.

La *verdad de la democracia* no supone un retorno de las masas, sino más bien, en la intención de Nancy, un combate *contra el indiferentismo* y la *inequivalencia*. *No todo da lo mismo*. No se trata de terminar con las distinciones y de reducir la excelencia en la mediocrización³⁷.

Por eso, respecto a lo que aquí llamamos la rebelión de las minorías, Internet colabora a la verdad de la democracia, porque permite proliferar a minorías que, en principio, están llamadas a enriquecer extraordinariamente la *percepción del pluralismo* consubstancial a una democracia que no tiene su verdad en el “todos iguales”, sino más bien en la libre expresión (no necesariamente conflictiva) de los diferentes, y una libre expresión accesible y compartible. En cierto modo, Internet vendría a complementar con extrema eficacia el papel decisivo que incumbiría a un *tribunal constitucional* como garante de la expresión y de los derechos de las minorías³⁸.

Si se aprecia una retirada de las masas, no es sólo por el empuje, ya detectable desde los 80, del individualismo, sino sobre todo por esa nueva dimensión “parapolítica” del personismo individual y minoritario de Internet, pieza clave de un nuevo y estimulante (aunque también inquietante) *humanismo on line*. Esta nueva socialidad es expresiva, asociativa, y propicia un pensamiento *molecular*, más que *atómico*. Y sin duda, relacional, reticular. No se trata sobre todo del *consenso*, sino de la *convivencia* en base a afinidades electivas. Y lo interesante de Internet es que ya su uso y su estilo mismo propician que no vaya a producirse el riesgo de que cada minoría se convierta en un *hortus conclusus*.

³⁵ Nancy, J-L., *op. cit.*, p. 34.

³⁶ *Ibid.*, p. 39.

³⁷ *Ibid.*, p. 43.

³⁸ Cfr. Escobar Martínez, L.M., *art. cit.* (vid. nota 1 de este artículo).